

tamos muy agraviados. Yo soy *Cantimpalos*; y no hacen sino decir: El ánsar de *Cantimpalos*, que salía al lobo al camino. Y es menester que les digais que me han hecho de asno ánsar, y que era asno el que yo tenía, y no ánsar; y los ánsares no tienen que ver con los lobos; y que me restituyan á mi asno en el refrán; y que me le restituyan luego y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etc.

Con su báculo venía una vieja ó espantajo, diciendo:—¿Quién está allá á las sepulturas? Con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecía planta de pié; la nariz en conversacion con la barbilla, que casi juntándose hacían garras; y una cara de la impresion del grifo; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas, y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía, con las muertecillas que colgaban dél, que venía pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviacion del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda:

—¡Ah señora! ¡Ah madre! ¡Ah tia! ¿Quién sois? ¿Quereis algo? Ella entónces, levantando el *ab initio et ante saecula* de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre, ni tia; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada. ¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presuncion de mocedad, y en una cecina como esta! Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cementerio. Díjela que perdonase, y preguntéle su nombre. Díjome:

—Yo soy *Dueña Quintañoña*.

—Qué, ¿dueñas hay entre los muertos? dije maravillado. Bien hacen de pedir cada día á Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá me desengañó; y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: Miren la *Dueña Quintañoña*, daca la *Dueña Quintañoña*.

—Dios os lo pague y el diablo os lleve, dijo; que tanta memoria teneis de mí y sin habello yo de menester. Decid, ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy *Quintañoña*; ¿no hay deciochenas y setentonas? Pues ¿por qué no dais tras dellas y me dejais á mí, que há más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, y guardando cabos de tizonas como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quién atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos tam-

bien se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habian de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; más quiero estar aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿aquel *llamen á la dueña*? Y á la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, *llamen á Alvarez, la dueña le tiene*; si falta un retacillo de algo, *la dueña estaba allí*; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algun chisme hay, *alto á la dueña*. Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamés. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razon, porque ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues ¡cuando en una visita de señoras hay conjuncion de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustés, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lantejas, y pronostican candiles y veladores y tijeras de despabilar. Pues ¡qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años, ó ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas; las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataud la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver á ser dueña: pues hubo caminante que preguntando dónde habia de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo: Que si habia adónde parar ántes ó despues. Dijéronle que nó, y él á esto dijo: Más quiero parar en la horca que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Solo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendicion, que para decir que destruirán á uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refran, y me dejen descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querria andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, y una esclavina por capa, y un soportal por sombrero, amarrado á una espada, se llegó á mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombrereros.

—Ce, ce, me dijo. Yo le respondí luego. Llegúeme á él, y entendí que era algun muerto envergonzante. Preguntéle quién era.

—Yo soy el mal cosido y peor sustentado *don Diego de Noche*.

—Más precio haberte visto, dije yo, que á cuanto tengo. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gazzate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh tarasca

de los convites y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañon de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del mediodía! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discípulos y hijos tuyos.

—Sea por amor de Dios (dijo *don Diego de Noche*); que esto me faltaba por oír; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastimeis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubon en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pistos de cerote y ramplones, desmayos de calzado; animando á las medias á puras sustancias de hilo y aguja, y llegué á estado en que, viéndome calzado de geomancia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y dejé correr. No se vió jamas socorrido de pañizuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba algun pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á oscuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto: hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta), si todos me las prestasen, todas serian sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecídola, decian todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podia esperar era un bostezo ó un parasismo, porque todos esperaban el Deme vuesa merced, présteme, hágame merced; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía: No hay qué dar, Dios le provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto. Y fui tan desdichado que á tres cosas siempre llegué tarde: á pedir prestado llegué siempre dos horas despues; y siempre me pagaban con decir: Si llegara vuesa merced dos horas ántes, se le prestara ese dinero. A ver los lugares llegué dos años despues; y en alabando cualquier lugar, me decian: Ahora no vale nada; ¡si vuesa merced lo viera dos años há! A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años despues, y me decian: Tres años atras me habia vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas. Segun esto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Despues*, que no *don Diego de Noche*. Decir que despues de muerto descanso, aquí estoy y no me harto de muerte: los gusanos se mueren de hambre conmigo, y yo me como á los gusanos de hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el *don*, ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos *don Diegos* hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo; que no viene muerto que luego no pregunte por *don Diego de Noche*. Y diles á todos los *dones* á teja vana, caballeros chirles, hácia-hidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentil-hombre mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, y molde para el cuello y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa.

Desapareció aquel caballero vision, y dió gana de comer á los muertos; cuando llegó á mí con la mayor prisa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo:

—Hermano, dejaldo todo presto, luego; que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habeis de ir al instante á oírlos, y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilacion luego. Enfadóme la prisa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito, y dije:

—Señor mio, esto no es cochite hervite.

—Sí es (dijo muy demudado): dígoos que yo soy *Cochitehervite*, y el que viene á mi lado (aunque yo no le habia visto) es *Trochimochi*, que somos más parecidos que el freir y el llover. Yo, que me vi entre *Cochitehervite* y *Trochimochi*, fuí como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo *Cochitehervite*:

—Aquí está *doña Fáfula*, *Mari-Zápalos* y *Mari-Rabadilla*. Dijo *Trochimochi*:

—Despachen, señoras, que está detenida mucha gente. *Doña Fáfula* dijo:

—Yo soy una mujer muy principal.

—Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traeis en las conversaciones disfamadas.

—Por mí no se me da nada (dijo *doña Fáfula*); pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas, y que me dijo un día: El papel, señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en las comedias cuanto no lo sabré encarecer. Fui mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: *Dame esos piés*, responde siempre: *Los brazos será mejor*. Que la razon era en diciendo: *Dame esos piés*, responder: *¿Con qué andaré yo despues?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo tuve grandes peloterías con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasion. No me pagarán esto sus padres dellas en su vida. Fuíle á la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Córpus. Decíale yo: Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Córpus ha de entrar el diablo con grande brio, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brio que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: ¡Huela la casa al diablo! Por vida vuestra, que hagais un auto donde el diablo no diga esta boca es mia; y pues tiene por qué callar, no hable; y que hable quien puede y tiene razon, y enójese en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podia decir Padre eterno, no dijese Padre eternal, ni Sa-

tan, sino Satanás; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bú, bú, bú, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos hacian los entremeses. Cuando se dolian dellos, duélanse (decia yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y mujer. Las comedias, que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarricas y cantico.

—¿Tan malas son las mujeres (dijo *Mari-Zápalos*), señora *doña Fáfula*? *Doña Fáfula*, enfadada y con mucho toldo, dijo:

—¡Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos*! Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla*, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas.

—Mirad, decia *doña Fáfula*, que digais en el mundo quién soy. Decia *Mari-Zápalos*:

—Mirad que digais cómo la he puesto. *Mari-Rabadilla* dijo:

—Decidles á los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, qué mal les hacen á ellos. ¡Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talle!

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo:

—Pío, pío. Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pio Enéas por el perro muerto á la zacapela, cuando oigo decir:

—Allá va *Marta* con sus pollos.

—Válate el diablo: ¿y acá estás? ¿Para quién crias esos pollos? dije yo.

—Yo me lo sé, dijo ella, criolos para comérmelos, pues siempre decis: Muera *Marta* y muera harta. Y decidles á los del mundo que quién canta bien despues de hambriento, y que no digan necedades; que es cosa sabida que no hay tono como el del ahíto. Decidles que me dejen con mis pollos á mí, y que reparan esos refranes entre otras *Martas* que cantan despues de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refran.

¡Oh qué voces y gritos se oian por toda aquella sima! Unos corrían á una parte y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decían:

—Yo no te quiero, nadie te quiere; y todos decían esto. Cuando yo oi aquellos gritos dije:

—Sin duda es este algun pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son por lo ménos. Todos me decían:

—Hácia tí; mira que va á tí. Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pié el cabello, sacudióme el temor los huesos.

—¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres (le dije); que no te veo y te siento?

—Yo soy (dijo) el alma de *Garibay*, que ando buscando quién me quiera, y

todos huyen de mí; y teneis la culpa vosotros los vivos, que habeis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía: la herejía es decir que no la quiso Dios; que Dios todas almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren á Dios; así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demas. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombreroeros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo, pues veo, segun esto, que me quiso por poder, y esta mujer en virtud dellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatreros, que por tener alma todos me reciben; y así todos estos y los demas oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay*. Y decídes que muchos dellos, que allá dicen que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á *Garibay* y miren por sí.

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de tra-peros, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciéndola:

—Aguarda, mi alma. No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la queria al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron á mí *Perico de los Palotes*, y *Pateta*, *Juan de las calzas blancas*, *Pedro por demas*, *el Bobo de Coria*, *Pedro de Urde-malas* (así me dijeron que se llamaban), y dijeron:

—No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y en conversaciones; que no se ha de hacer todo en un dia. Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que habia visto, que no me acordaba de nada.

—Solo queremos, dijo *Pateta*, que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refran. Alcé los ojos, y estaban á un lado el *santo Macarro* jugando al abejon, y á su lado el de *santo Leprisco*; luego en medio estaba *san Ciruelo*, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su dia, porque entónces las harian buenas, que seria el dia de *san Ciruelo*. Por encima dél estaba el *santo de Pajares* y *fray Jarro* hecho una bota, por sacristan junto á *san Porro*, que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro* (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, y oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del carro):

—Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios. Yo me queria ir, y oigo que decia el *santo de Pajares*:

—Ah compañero, decídes á los del siglo que muchos picarones que allá teneis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demas que tenemos que decir se dirá otro dia.

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á *don Diego de Noche*, rascándose en una esquina; y conocíle y díjele:

—¿Es posible que aun hay que comer en vuesa merced , señor don Diego ? Y díjome:

— Por mis pecados soy refitorio y bodegon de piojos. Querría suplicaros, pues os vais , y allá habrá muchos , y acá no se hallan por el bien parecer , que ando muy desabrigado , que me enviéis algun mondadientes ; que como yo lo traiga en la boca , todo me sobra , que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa , y hay algo entre los dientes, y poco á poco se roe ; y si es de lentisco es bueno para las opilaciones. Díome grande risa y apartéme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredon á puros corcovos.

Dando gritos y alaridos venia un muerto, diciendo:

—A mí me toca ; yo lo sabré ; ello dirá ; entenderémonos ; ¿ qué es esto ? y otras razones tales.

— ¿Quién es este tan entremetido en todas las cosas ? Y respondiíme un difunto:

—Este es *Vargas*, que como dicen: *Averigüelo Vargas*, viene averiguándolo todo. Topó en el camino á *Villadiego*; el pobre estaba afligidísimo, hablando entre sí; llámole y díjole:

—Señor *Vargas* , pues vuesa merced lo averigua todo , hágame merced de averiguar quién fueron las de *Villadiego* , que todos las toman ; porque yo soy *Villadiego*, y en tantos años no lo he podido saber ni las echo ménos ; y querría salir si es posible deste encanto. *Vargas* le dijo:

—Tiempo hay ; que ahora ando averiguando cuál fué primero , la mentira ó el sastrer ; porque si la mentira fué primero , ¿ quién la pudo decir si no habia sastres? Y si fueron primero los sastres , ¿ cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto volveré ; y con esto se desapareció. Venia tras él *Miguel de Vérgas*, diciendo:

—Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con un nó á las ancas. Eso nó, Miguel de *Vérgas*, y nadie me conceda nada; y no sé por qué ni qué he hecho. Más dijera , segun mostraba pasion , si no llegara una pobre mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo.

—¿Quién eres (la dije), mujer desdichada?

—La *manceba del Abad* , respondió ella ; que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar ; y así dicen las empuñadoras de las consejas: Y el mal para quien le fuere á buscar y para la *manceba del Abad*. Yo no descaso á nadie , ántes hago que se casen todos. ¿ Qué me quieren , que no hay mal, venga por donde viniere, que no sea para mí? Fuése, y quedó á su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva.

—¿Quién eres , le dije , tan aciago , que (como dicen) para mártres sobras?

—Yo soy, dijo , *Mátalascallando* , y nadie sabe porqué me llaman así , y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son *Mátalashablando* ; que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga , yo me he de llamar *Resucitalascallando*. Y no

que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuantos los oyen, y así hay infinitos oídos con mataduras.

—Así es verdad, dijo *Lanzarote*; que á mí me tienen esos consumido á puro lanzarotar con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban dél,
Y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡ Bueno estuviera el rocín en poder de dueñas! ¡ El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que convenia.

—Crean al señor *Lanzarote* (dijo un pobre mozo, sencillo, humilde y caribobo); que yo lo certifico.

—¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?

—Yo soy el pobre *Juan de buena alma*, que ni me ha aprovechado tener buen alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es *Juan de buen alma*, dicen al marido que sufre, y al galan que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban, y á la mujer que embelecán. Yo estoy aquí sin meterme con nadie.

—Eso es no nada, dijo *Juan Ramos*, que voto á Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejen descansar: daca la gata de *Juan Ramos*, toma la gata de *Juan Ramos*. Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenia que contar sino duelos y quebrantos; ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos*, y todo soy gatas; que parezco á febrero; y quisiera ser ántes *sastre del Campillo* que *Juan Ramos*. Tan presto saltó el *sastre del Campillo*, y dijo que quién metía á *Juan Ramos* con el sastre. Y él dijo que no mejoraba de apellido aunque mudaba de sexo. Pues dijieran el gato de *Juan Ramos*, y no la gata. Si dijieran, no dijieran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razon), y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, íbame poco á poco, y buscando quien me guiase, cuando sin hablar palabra, ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposicion, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él; metiéronnos en paz. Decia el muerto:

—Déjenme á ese bellaco, deshonra-buenos: voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá. Yo estaba colérico, y díjele:

—Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien: llega, cabron. ¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí, y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron:

—¿Qué habeis hecho? ¿Sabeis con quién hablais? ¿A *Diego Moreno* llamais cabron? ¿No hallastes sabandijas de mejor frente?

—¿Qué, este es *Diego Moreno*? dije yo. Enojéme más y alcé la voz diciendo: Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros deshonra-buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que este ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?

—Entremés (dijo tan presto *Diego Moreno*). ¿Yo soy cabron, y otras bellas querías que compusiste á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quien echar mano? ¿No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo, que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mí el cuerno? ¿Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿Encareciéronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? Pues ¿qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba: sietedurmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar á la bolsa no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: Dios me le guarde al mi *Diego Moreno*, que nunca me dijo malo ni bueno. Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos que hay ahora en el mundo decildes que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les desmocharán las sienes y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro: yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decia malo; y en viendo salir ginoveses, decia bueno; si via con mi mujer galancetes, decia malo; si via mercaderes, decia bueno; si topaba en mi escalera valientes, decia remalo; si encontraba obligados y tratantes, decia rebueno. Pues ¿qué más bueno y malo habia de decir? En mi tiempo hacia tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio *Diego Moreno*) á ser cornudo, me pusiera á platicante y aprendiz delante del acatamiento de los que peinan medellin y barban de cabrío.

—¿Para qué son esas humildades (dije yo), si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios; el primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas; el primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy solo á escribir de día y de noche entremeses de tu vida.

—No irás esta vez (dijo), y asímonos á bocados, y á la grita y ruido que traíamos, despues de un vuelco que di en la cama, diciendo: Válgate el diablo ¿ahora te enojas (propia condicion de cornudos enojarse despues de muertos)? con esto me hallé en mi aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinacion no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta vision y darle algun crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretension y desengañada más atienden á enseñar que á entretener.

CASA DE LOCOS DE AMOR.

À DON LORENZO VÁNDER HÁMMEN Y LEON, VICARIO DE JUBILES.



DISCURSO.

Una mañana de las de enero, señor don Lorenzo, que el frío y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento), me hallé tan léjos de mí como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea, de la locura de amor. Parecióme oír aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah, Corydon, Corydon, quae te dementia cepit?

Y sin ver por dónde fuí llevado, me hallé en un prado más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, pasan luego á las Indias por tesoros, con que, según piensan, enriquecen sus pobres papeles. Allí vi dos claros arroyos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro murmurio, que lisonjaban los oídos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba amor el oro de sus flechas, según colegí de los oficiales ministros suyos que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre; y ya quería buscar aquella memorable colmena de donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasion á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Poliziano en su Historia:

*Sentesi un grato mormorio dell'onde,
Che fan duo freschi e lucidi ruscelli,
Versando dolce con amar'liquore,
Ove arma l'oro de'suoi strali Amore.*

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, capiteles, arquitrabes, frisos y demas partes de que se componia la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos hacian historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veian con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
Do al que más sabe de amar
Se le da mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componia la hacian vistosa mucho; era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querian entrar, que eran infinitos. Hacia oficio de portero una mujer de rara hermosura: su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal al fin era toda, que convidaba á amor y decia su nombre que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedia ninguno más licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia me entré tambien al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que ántes fuéron (y á mí con ellos), que apénas unos á otros se conocian: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensativos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Dijolo Ovidio en su *Arte amandi*:

Palleat omnis amans: hic est color aptus amanti.

Y Horacio, oda 10, lib. 3:

Nec tinctus violá pallor amantium.

De donde el Camoens, en el canto 9 de sus *Lusiadas*:

As violas da cordos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores, ni respeto á los parientes. Las primas se hacian terceras, y estas primas; las criadas señoras, y los señores criados. Casadas vi amigas del más amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres. Esto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacia allí. A ambas cosas me respondió así:

—Mi nombre es Zelos; y muy bien me conoceis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que ántes suelo acrecentarles el mal. Si quereis saber más de

las cosas desta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea muy apriesa es el administrador; él os informará (bien que á la larga) largamente de todo lo que quisieredes. Con esto me dejó, y sin más detenerme llegué al viejo, y conocí ser el Tiempo. Pedíle me mostrase los cuartos de aquel palacio, que queria, como forastero, ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, segun me dijo, andaba curando los enfermos, desde adonde estaba me los mostró, me dió licencia y me dejó ir solo.

Y apenas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas; porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres, como locos más furiosos, aprisionadas. Estaba en él una llorando de celos de una soltera, otra queriendo á un galan sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, y con tantos tuertos como renglones; otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendia; otra le estaba diciendo al suyo que era suya, pero que ni pretendiese más della ni quisiese á otra: él decia que lo haria así, y ella lo creia. Unas querian casarse por amar, y otras á hombres casados (esas estaban apartadas con los incurables). Otras tenian requiebros, que llaman por las ventanas y quicios de puertas. Estas no eran locas, sino inocentes. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre esta gente; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redencion deste cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luego habia de pensar estaba enamorado della; y así pasé al siguiente cuarto, que era el de las casadas.

A muchas destas tenian atadas sus maridos, y así no podian ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros que diesen, y estas no caian en la cuenta hasta que se acababa el gasto; y otras fingian romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una vi que sufría de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no la fuese nadie á la mano (digo á nada á la mano); y otra que hacia sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos del marido con obras propias, que como dice un apasionado (Juvenal, sátira 13):

vindictâ

Nemo magis gaudet, quàm foemina.

Y el pagarse adelantado es para ellas la mayor venganza. Cuál estaba melancólica por la dilacion de cierto efecto. A una muy amiga de su coche pregunté que

por qué le quería tanto, que nunca salía dél, y me respondió que porque tenía cortinas que se corrian. Pudieran muy bien (dije yo) de que no se corre vuestro marido, y ella corriendo me dejó. Entre toda esta máquina no estaban las que tenían los maridos en Indias, ó andaban en comisiones, porque todas vivían al fuero de solteras, y como conjuradas, no eran tenidas por miembros desta república.

El siguiente cuarto era el de las reverendas viudas, locas de ciencia y experiencia. Estas estaban todas muy graves, esto es, pesadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado, pero no tanto que encubriesen el frenesí; porque á una dellas vi que juntamente lloraba por el marido y reía con el amigo; otra muy focada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas ni monjil, discurrir por el cuarto tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quién más larga traía la toca; y en algunas destas advertí que pudieran ahorrar de saya entera. Vi que todas las viudas pasantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos con las cuenias en las manos, cuenta con los bienes ajenos. Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que tambien tienen cuaresma los carnales). Otras traían tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño ó copete, como antiguamente se decia. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponían color, como si tuviesen vergüenza; y algunas se querían casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran estas, entre todas, las más insufribles; porque como había pocas mozas, y todas habían sido señoras de su casa y lo eran, cada una quería mandar, y así tenía harto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante y llegué al cuarto de las monjas, que no son las que hacen ménos locuras; y aunque de razon habían de ser fáciles de curar, había hartas muy peligrosas. Estaban todas detras de fuertes rejas, que para esto no les vale la locura, aunque tal vez amor ha dado dispensacion; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. La mayor parte destas estaba escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugandó en ellos del vocablo, desde la cruz hasta el *Dios os guarde y sea de esos papcles por quien él es*. Todas las locas deste cuarto estaban hablando de noche y de dia sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y pedían celos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien por entónces la enfermedad. Las que tenían más devociones eran las más pecadoras, y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacia de la mu-

cha ociosidad; donde la hay por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el *Triunfo del amor*.

Ei nacque d'otio, e di lascivia humana.

Y antes que él, Séneca en su *Octavia*

*Amor est; juventâ gignitur; luxu, otio
Nutritur, inter laeta fortunae bona.*

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba más libranzas que un banco ginoves, ó Fúcar, con solo el caudal de su sazonado dulce. Unas hacían terceras de las de los bordonos, y otras tenían por bordon hacerse primas de todos, si bien toda esta música era de falsas. Otras hacían lo que ellas llaman *trabajos* (yo colacion) para sus galanes; y me pareció que era bien pensado dar colacion á galanes ayunos. Unas deseaban que el que era visitador no las visitase, y otras que las visitase el que no era visitador. Las ménos locas se enamoraban del médico de casa. Estas andaban tras la andadera, y la hacían andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban siempre locutorios prestados, que pagaban los pobres devotos, y algunas había tan rematadas, que les pedían á los suyos doseles y cera: cosa con que se suele quitar el amor mejor que con una ingratitud. Al fin tantas enfermas había en este cuarto, que casi me dió compasión; y aun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas estas eran amantes de anillo, que solo se mantenían de la esperanza (cosa que con el efeto muere al punto, el cual nunca las llegaba), era su mal incurable y insufrible.

Desde este cuarto pasé al de las solteras; y vi que todas andaban más sueltas que las demas. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, y me dijeron había cada día en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la *casa de los locos del interes* había muchas más destas que en la *de los de amor*. Algunas vi allí que se hallaran muy mejor con el cuarto, si fuera real, otras que desnudaban al hombre más honrado (bandoleras de poblado) por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo y caudal para colete de ante y daga mayor de marca; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Había locas de extremado humor, perdidas por un poeta, y si este era cómico, rematadas, porque por lo ménos las sacaba cada día al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; y que tenían por gusto verse en un romance en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada día por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia, ya desterradas, ya emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, paraban en un convento contra toda su voluntad. Unas daban en comer

barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban estas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se daban buenos dias y aun mejores noches si solo pueden ser las tales. Una vi que iba á un astrólogo á que la levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios; otra se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines. Cuál por parecer bien daba en afeitarse: esta era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar. Cuál se enrubiaba algunos dias, y tal vez tanto que se la podía decir muy bien el epigrama de nuestro Baltasar de Alcázar:

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Bien se sabe, Ines, que son
De plata sobredorados.

¡Qué dellas se ponian cabelleras ó moños, como ellas las llaman! ¡Cuántas dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decian á todos lo que eran! Y en efeto, algunas habia tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojarian dellas, quedaran tan ridículas como la corneja de Horacio. Muchas tenian una madre vieja, aunque nunca lo hubieran sido, que mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre llamaba, y la hija escogia, y muy pocas destas guardaban la ley de amor, que ó las corrompia el interes ó el vicio. Dijo galanamente un lucido poeta desta edad, y no poco conocido de todos:

Ella dice que es virgen, y no miente,
Que el deleite de amor aun no ha probado,
Y si remeda el gusto, no le siente;
Que el interes, de una alma apoderado,
Adormece del cuerpo las acciones
Y tiene al apetito encarcelado.

Por esta causa pues eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacian locas por librarse. Salí de aquí, y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio como dicen); y esta era su mayor locura, no querer apartarse dellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les habia de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medecina, y querian más su enfermedad que su salud, que como siente cierto acuchillado (Propercio, lib. 1):

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así obstinados en este error, acababan en semejante mal, y pensaban que hacian bien; y otros que (aunque es peor) vian lo que hacian, y lo hacian. Así lo confiesa de sí un lisiado desta dolencia, Petrarca, en una cancion:

*Quel, ch' i fo veggio, e non m' inganna il vero
Mal conosciuto, anzi mi sforza Amore.*

Y pegósele de otro que dijo de sí lo mesmo: Ovidio, 7, *Metamorph.*

Quid faciam video: nec me ignorantia veri

Decipiet, sed amor.

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decian á quien atentamente los mirase, su inclinacion, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer! ¡Cuántos que no tenian pan y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto á que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro queria enamorar por lindo, muypreciado de tufos y guedejas, manos blancas y piés chicos, siendo un Lucifer en la cara y con esfuerzo en el falle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. Otro por lo valiente (gran personaje del trago y la tabaquera), no considerando que las más son medrosas. Unos vi que salian de noche á no mas que á salir de noche; y otros que se enamoraban porque vian á otros enamorados. Este iba á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas dias de trabajo, y aquel andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decian más que sentian, y otros sentian y no decian palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adevinos; mas como los locos nunca oyen, no les dije nada. Los desvanecidos se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y cual ó cual faltilla personal que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagaban de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales, que hacian todos los dias larguezas, que no las daban ni aun gusto; y á los lacerados, que hacian todos los dias de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos por eso ménos furiosos. Unos destos, huyendo de sus mujeres, daban en las ajenas, y otros se hacian bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos corderos; otros tenian por amigas las amigas de sus mujeres, y algunos por comadres á las madres de sus hijos.

Los viudos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los queria acoger, y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad.

Los solteros acudian á todas partes. Aquí se enamoraban, allí pedian celos, aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con pluma y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la gula y á la de la lujuria. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba que estaba loco, y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas. Los más poetas hacian sus coplas á quien les hacia la copla. Los más gentilhombres hacian sus diosas á quien eran odiosos, y los más discretos decian sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de dia, contemplando

ventanas de noche; unos hablando criadas porque los admitiesen por criados, otros cohechando dueñas porque los hiciesen dueños; llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache que tiene un buhonero. Loco habia destos que no habia hablado á su señora palabra, ni la podia ver sino tal y tal fiesta del año, conviene á saber, noche de Navidad, de Juéves Santo, de San Juan y la Porciúncula. A unos los entretenia una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio.

Los locos de casadas se preciaban de recatados, mas no por eso hacian ménos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los ménos se guardaban mucho dellos, ó porque ellos no vian, ó no querian ver; y así, raros eran los que morian deste mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedia, que para el señor marido no faltaba una amiga que las llevase; y siempre ellos eran unos buenos hombres y lo creian todo.

De locos de viudas habia dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Estos libremente pretendian cautivarse, y aquellos tenian amor sin temor, si no era, cuando mucho, de cualquier pariente ó hermano. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Los de monjas tenian mucho de necios ó algun poco de virtuosos, pero á unos y á otros los llamaban los demas, zánganos de amor. Unos estaban muy de véras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia del tal monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya agradando á las viejas de casa, y á las freilas sargentas ó donadas que las servian, ya sufriendo una cruel tornera, ya en el torno la espuerta de las lechugas, las alcuzas del aceite y la cesta de los jarabes y purgas. A uno vi señalados los hierros del locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir dél, lo de Abenhámar.

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados desta enfermedad, aunque algunos de otras que suelen doler más, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los más destos eran mocitos, hijos de vecino, cascabelillos, y luego se metian á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y estos raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles, y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reian dellos, y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias que pude ver por entónces, y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé sin pensar en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de los locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovando llagas viejas, al Entendimiento encerrado en un aposento

oscuro, y á la Razon con una venda en los ojos. Divertíme algun tanto en esto; mas cansada la vista de tanta atencion, volví á un lado, y vi un postigo muy pequeño, que apenas se podia salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazon daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasion, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á grandes voces llamándome, porque era ya muy entrado el dia. Con esto volví en mí y me hallé en mi cama, pero con algun pesar de haberme quedado en la casa de los locos, si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura; y confieso á vuesamerced que por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entónces vi. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto cuando dijo *in prolog. Merc.* :

*Sed amori accedunt etiam haec, quae dixi minus,
Insomnia, aerumna, error, terror, et fuga,
Ineptia, stultitiaque adeo, et temeritas,
Incogitantia, excors immodestia,
Petulantia, cupiditas et malevolentia;*

y Séneca :

Amor formae rationis oblivio est, et insaniae proximus;

y muchos más, que vuesamerced habrá leído y sabrá mejor; con que se puede confirmar por cierta lá imaginacion de mi fantasía.

De vuesamerced servidor y amigo.

El doctor Cebrian de Amocete.

FIN DE LOS SUEÑOS.

